

Abilio Estévez

# LOS PALACIOS DISTANTES

*colección andanzas*



TUSQUETS  
LECTORES

Abilio Estévez

---

**Los palacios distantes**

1.ª edición: septiembre 2002

© Abilio Estévez, 2002

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

ISBN: 84-8310-214-5

Fotocomposición: Foinsa-Passatge Gaiolá, 13-15-08013  
Barcelona

Impreso sobre papel Offset-F Crudo de Leizarán, S.A. —  
Guipúzcoa

Liberdúplex, S.L. — Constitución, 19-08014 Barcelona

Encuadernación: Reinbook, S.L.

Ilustración de la cubierta: detalle de *Los palacios distantes*  
(2000), de Cosme Proenza, óleo sobre tela, 70 × 60 cm. Colec-  
ción particular. © Cosme Proenza, 2002.

Impreso en España

Al recuerdo de mi abuelo Ramón  
y de mi primo Carlos

Nunca he tratado de hacer payasadas,  
pero ya que usted se empeña, probaré.  
Virgilio Piñera, «El gran Baro»

Dejo constancia de mi deuda de gratitud con el maestro Cosme Proenza por *Los palacios distantes*; con Carlos Varela, por las canciones; con mi familia de Mallorca, por la serenidad del palacio de Sant Jordi; con Maydel Montesino, Marta Pazó, Gilda Bello, Ana María Bouza, Jacqueline Arenal, Mijail Mulkai, Gladys Cuervo, Bernardo Alonso, Aleida Enriquez, Luis Alberto García, Senel Paz, Rebeca Chávez, Eduardo de Quesada, Fernando Merelo, Cristóbal Malleuve, Rocío López, Lourdes de Marcos, que han hecho más fácil la adversidad; con Beatriz de Moura y Antonio López Lamadrid, por el rigor, la paciencia y la bondad; con mi madre, Alfredo Alonso y Elsa Nadal, por todo.

# Primera parte

## 1

El antiguo hotel Royal Palm en la calle Galiano y el viejo palacio de una familia de abolengo cuyo apellido ya nadie recuerda son construcciones unidas por el mutuo destino de los puntales. Entre un edificio y otro han colocado una enmarañada trama de vigas y horcones que intenta afincarse en cuanto parezca exhibir alguna esperanza de solidez. Ennegrecidas por el paso de tantos días y noches, por la dureza del sol y las turbonadas, por la ubicuidad de las sales marinas, las tablas pretenden impedir un derrumbe que de cualquier modo parece inminente. Las paredes muestran el color terroso, gris y negro de los muros viejos en cualquier ciudad devastada en un mundo donde abundan guerras, terremotos y otras catástrofes menos evidentes. Las piedras están desnudas en muchos sitios, con tonos sorprendentes y rojizos, y grietas en los muros que sin embargo permiten crecer helechos opulentos, verdes, inesperados entre el derrumbe; espigados arbustos de paraíso; crecidas matas de calabazas, con flores acampanadas, largas y amarillas. Como ha perdido el techo y muchas de las paredes, como carece de puertas y ventanas, el hotel Royal Palm se halla deshabitado, o al menos ésa es la impresión que da: hay ocasiones, en las noches oscuras, interminables, demasiado oscuras y bochornosas, en que podría afirmarse que surgen resplandores allí, como si encendieran hogueras, y podría asegurarse, además, que se escuchan voces y hasta cantos de alabanza, cantos en lenguas, aunque no se llegue nunca a conocer con certeza si son cantos de la que llaman realidad-verdadera, ni mucho menos qué



desean alabar ni en qué lengua lo hacen. El otro edificio, el palacio de antigua estirpe que ya nadie recuerda, aún está ocupado. Dos siglos atrás, vivía en él una sola y holgada familia: el matrimonio, dos o tres hijos, tal vez cuatro, muchachos bachilleres, muchachas bordadoras, tejedoras, pianistas, casaderas, y también esclavos, sin lugar a dudas más esclavos que familia, veinte esclavos mandingas, yorubas, lucumís. Ahora, por supuesto, no hay amos ni esclavos, ni habita el palacio un solo y tranquilo y espacioso clan, sino veinte, treinta, cuarenta familias hacinadas, resultado de la lujuria de amos y esclavos en tierra propicia a mezclas, desfogues y lujurias. La mansión ha sido dividida en exiguos cuartos, y por tanto ya no debe llamársele palacio, sino solar, conventillo, falansterio, corralo, casa de vecindad, cuartería. Detenerse frente a ambos edificios unidos por la tablazón ennegrecida y nombrarlos «palacio» y «hotel» resultaría cínico y hasta perverso.

Desde hace tiempo Victorio vive en uno de los incontables cuartos del que fuera caserón fastuoso, él mismo no podría corroborar desde cuándo. No se puede decir que es feliz, aunque sí puede decirse que lo sea, que la felicidad parece ser subjetiva y confusa, como la infelicidad, y a veces depende de pocas cosas, o de ninguna. Al fin y al cabo un techo es un techo, exclama con cierto sarcasmo, burlándose de la frase, tampoco es que Victorio sea tonto y no se percate de cuándo dice tonterías. Le hubiera gustado ser el joven alumno del seminario de San Carlos y San Ambrosio que vivió allí, como él lo imagina, rodeado de mimos y de lujos, hace ciento cincuenta años o más. Se conforma, no obstante, con las cuatro paredes, el techo y las ventanas que, a pesar del calor, siempre tiene cerradas. El calor es más sufrible que el brillo húmedo del sol y que la humedad brillante de la luna, aclara. Tal vez por esa razón el cuarto de Victorio posee la rezumante penumbra y el olor de los museos cerrados por reforma. Aún es de noche, el amanecer parece lejano, y Victorio abre los ojos y enciende una

lámpara de dibujante que le permite leer en las numerosas noches de insomnio. Bien temprano, en los amaneceres, la penumbra del cuarto no huele a museo cerrado, sino a café, a gas, a vela prendida, a sueño sin disipar. Victorio se levanta del mismo modo en que suele levantarse cada día, con dificultad, como si no pudiera con el propio cuerpo, ajeno, pesado, o como si el acto de levantarse comportara una responsabilidad mayor que la de estar despierto y continuar vivo. Si no le resulta fácil el paso de la vigilia al sueño, más difícil a veces es el paso del sueño a la vigilia. Calza los pies con alpargatas de lona, domadas por el uso, y viste larga bata de seda que debió de haber sido elegante en otras épocas y en otras ciudades que no hayan sido ésta; en La Habana una bata de casa masculina, de seda o no, ha sido siempre prenda cursi, de nuevo rico. Puede que no haya dormido bien, el sueño no es una de las gracias que Dios haya querido concederle. ¿Y cuáles son las gracias que Dios me ha concedido?, piensa al tiempo que se dirige al tabor a descargar la vejiga repleta. Como hay un solo inodoro para todas las viviendas del edificio, al levantarse suele orinar en el tabor de porcelana que perteneció a su abuela, a despecho, claro está, de que para necesidades mayores esté en la obligación de recurrir al servicio común. En el fondo del tabor hay dibujada una rosa torpe. No orina de inmediato, le cuesta su tiempo, la verdad, que Victorio aún no es tan viejo como para despertar con la humillación de la flaccidez. Cuando el miembro se adormece, orina con abundancia, escucha el sonido gozoso del chorro en la porcelana y disfruta de la espuma que el líquido produce y los ojos se le enrojecen de placer. Se mira al espejo, y como siempre, se cree más joven de lo que es en realidad. Sonríe, hace una mueca, un guiño, toma el cubo de metal vacío y sale del cuarto. Los pasillos del edificio están todavía despoblados, sin el alboroto y la confusión que tendrán dentro de poco. Los vecinos duermen o acaso comienzan a despertar, y Victorio tiene que apresurarse, subir la escalera de

caracol, de costosas maderas, trabajadas con primor en los tiempos en que se contaba con la paciencia para trabajar. Llega a la azotea y no más salir por la puertecita estropeada, que es una veleta a disposición de todos los vientos, puede ver el espectáculo del alba, suceso que no por visto a diario deja de comportar menores sorpresas. Tejados de La Habana: con los primeros relumbres. Las azoteas, inofensivas ahora, todavía no agreden con resplandores, y permiten que los ojos se paseen tranquilos por ellas. En nada se asemejan a las azoteas que serán al mediodía, en el momento en que el sol se encarniza sobre lozas, tejas, latones y pizarras e impida que se las mire de frente. La llama perpetua de la refinería de petróleo. Edificio Bacardí. Cúpula del Capitolio. Campanario de la iglesia del Espíritu Santo. Un poco más a la izquierda y a lo lejos, la otra cúpula de la Lonja del Comercio, sin el Mercurio, lanzado al suelo y despojado de su misión recadera por la ira indiferente de los ciclones. El mar no se ve, aunque se presenta. Por eso el barco que se adentra en este puntual minuto en la bahía atraviesa edificios y monumentos, y parece la tramoya de una zarzuela pobre. Hacia ese mar invisible y presente vuela en este segundo una bandada de palomas, garzas o gaviotas, y no se sabe si son blancas, grises o negras. Se oye una sirena: lo mismo puede ser un tren o un barco. Y, como La Habana ha sido siempre una ciudad asombrosa, cantan algunos gallos. A Victorio la ciudad le provoca a un tiempo dos impresiones, la de haber sido bombardeada, la de una ciudad que espera el más leve aguacero, la más ligera ráfaga para deshacerse en montón de piedras; y la de ser una ciudad suntuosa y eterna, acabada de construir, elevada como cesión a futuras inmortalidades. La Habana nunca es igual y siempre es igual. El amanecer de La Habana posee infinitos modos de mostrarse siempre idéntico, diverso y exacto, con el confuso color del cielo, tonalidades dudosas que andan detrás de las nubes blancas, bajas, precisas, veloces; y la brisa de los amaneceres, escasa siempre, y que

de cualquier manera se abre como inmenso pájaro benefactor sobre la ciudad.

La brisa parece escapar de una vieja maleta de cuero que tiene abierta un niño en la azotea de la que en otro tiempo fuera Flogar, una de las célebres tiendas del extinto *glamour* habanero. Victorio ve la rara imagen como si anduviera aún por los recovecos del sueño. Es un niño, o un adolescente, de pelo rojo y traje de colores. Ha abierto una maleta, se mira a un espejo de mano y se maquilla. Y el niño o el adolescente se levanta y abre un paraguas, le da vueltas en el aire, lo mira bien, marca algunos pasos de baile, y luego, con maleta y paraguas, uno en cada mano, salta a una azotea, luego a otra, hasta desaparecer.

Va Victorio a uno de los grandes tanques de fibrocemento, donde se almacena el agua enviada en camiones desde el acueducto, llena el cubo y baja, hace equilibrios por la escalera construida con paciencia y maderas preciosas.

La luz de la lámpara de dibujante transforma el cuarto en un sitio engañoso. La cama tiene sábanas desordenadas, que no se ven blancas a pesar de que debieron serlo en tiempos no demasiado remotos. La cama no es una cama, sino un colchón debilitado por años y usos puesto sobre el piso. La penumbra no logra disimular la pequeñez del cuarto, las paredes manchadas por la humedad, los muebles carcomidos, ni oculta las fotos empolvadas de los ídolos, que, gracias al arte de la fotografía, han quedado fijos en belleza eterna: Rodolfo Valentino, Johnny Weismuller, Freddie Mercury. Tampoco desaparece de las paredes el centelleo de la única reproducción, bastante exacta, de un cuadro famoso, *El embarque para Citerea*, de Antoine Watteau. Más que todo, se aprecia la fotografía del Moro que dice adiós desde la avioneta, junto a la llave grande, adornada, de hierro, con la que según el Moro podría abrir las puertas del palacio.

¿Qué mañana no piensa Victorio en el Moro? Le debe tantas cosas. Gracias a él tuvo y tiene la certeza de que en algún lugar existe un soberbio palacio que lo espera. El Moro le habló del palacio aquel mediodía sin piedad que Victorio nunca olvidaría. Estaban los dos solos, descansados a la sombra horra de una mata de guanábana, cargada de guanábanas pequeñas y verdes, cerca de la avioneta en la que el Moro había terminado el trabajo de la mañana, fumar platanales por allá, por campos de Güira de Melena. Por la camisa entreabierta se le veía el pecho lampiño, agitado y sudoroso. A su alrededor, el sol transformaba en mar luminoso la solidez de la tierra. Los rodeaba la luz acuosa, típica de aquella hora del día y del país en que el destino los había obligado a sobrevivir. El Moro tenía al niño abrazado con su delicada aspereza.

El niño sentía, más intenso que el de la tierra, el olor de su sudor. Dime, ¿qué se ve desde el cielo? Antes de sonreír, el hombre escupió hacia la tierra y se limpió la boca con el dorso de la mano. Como el cielo no hay otro lugar, muchacho, dijo como si pensara en voz alta. Luego permaneció silencioso, pensativo, varios segundos, y agregó después Dios creó la Tierra para que la viéramos desde el cielo, subir al cielo en la avioneta es como entrar en el espejo y mirarte desde el otro lado. ¿Has ido muy lejos en la avioneta? Hizo un gesto con la mano, quería significar que había estado en muchos, en muchísimos lugares, y después sonrió con malicia y comentó En ese aparato yo he dado la vuelta al mundo. ¿La vuelta al mundo? Afirmó enfático con la cabeza antes de exclamar Como lo oyes. ¿Y has visto París y Bogotá y Sevilla? Y Nairobi y Roma y Bangkok, y quiero decirte algo, muchacho, cuando estás en el cielo te das cuenta de que todos los lugares son un solo lugar. Aunque no miró al niño, debió de suponer su desconcierto. Sí, óyeme, entiéndeme, un lugar es todos los lugares, no te quepa duda, estás en el cielo y sobrevuelas Venecia, que es una ciudad donde no hay calles, sino ríos de agua sucia y don-

de la gente no camina sino que se traslada en barquitos por los ríos de agua sucia, te das cuenta de que es igual, igualito, la gente tiene los mismos deseos, iguales sueños, las mismas esperanzas, idénticas necesidades que en Bombay, cambian las formas, las modas, las riquezas, lo demás, lo que no se ve, es idéntico, muchacho, hambres, congojas, soledades, decepciones, las batallas son las mismas, no lo olvides. Con los ojos entrecerrados, pareció admirar el oleaje de luz que semejaba anegar el paisaje de las afueras de La Habana. Lo importante, Victorio, es encontrar el palacio. El niño se separó del abrazo, se incorporó y bajo su mano, tan pequeña, sintió la fuerza del muslo poderoso del aviador. Moro, ¿qué palacio? El hombre sonrió, se inclinó hacia el niño como si fuera a revelar el más notable de los secretos. ¡Ay, muchacho, esto sí es grande!, ¿tú no sabes que todos tenemos un palacio en algún lugar? Se apretó la nariz sin dejar de sonreír. Sí, no me mires con esa cara de yo-no-entiendo-ni-pizca-de-lo-que-dices, cada persona nace con un palacio asignado, para que viva en él y para que en él se realicen caprichos, gustos, aspiraciones... ¿Todos-todos? El hombre se pasó una mano por la frente sudorosa, volvió a escupir, volvió a limpiarse la boca. Sonreía, se le veía divertido. Ahorita tengo que seguir fumigando los plátanos de Güira de Melena, dijo con tono que intentaba dar por concluida la conversación. ¿Dónde están los palacios de mi mamá, de mi papá?, insistió el muchacho. Tienen palacios, lo que no quiere decir que los hayan encontrado, los palacios hay que buscarlos, y buscarlos bien, puede que muchos no los encuentren. ¿Tú has visto el tuyo? Cuando la avioneta vuela hacia los campos, me doy antes una vueltecita por mi palacio a ver si sigue allí, a ver cómo está. ¿Y cómo es? No preguntes tanto, Victorio, muchacho. Moro, ¿y dónde encuentro el mío? Oye, tú no haces más que preguntar y preguntar, no preguntes tanto, carajo, quién ha visto que para encontrar algo haya que andar con averiguaciones, búscalos y encuéntralos. Más que en otro momento,

la tarde se había convertido en luz que destruía la apariencia de las cosas, y los árboles, el paisaje, parecían hundidos en agua. Cada día le doy una vueltecita a mi palacio, no es grande, una casita, sobre una colina, rodeada de mangos, nísperos, mameyes, limoneros, naranjos, mamoncillos, y una vaca y un caballo, ah, y un pozo, un estanque con peces de colores, y cerca la laguna donde beben las reses y los patos silvestres, la yerba y los árboles son verdes-verdes-verdes, y las flores rojas-rojas, también las hay amarillas, rosadas, malva, rosas, muchas rosas, girasoles, piscuallas, orquídeas, nomeolvides, trinitarias, mi palacio es de madera, maderas rojas, como las flores, y blancas como las nubes, las nubes que son blancas, digo, no de las otras, las que presagian tormenta; hay días en que llueve, por supuesto, en mi palacio llueve, sólo que la lluvia carece de violencia, lluvia que hace más verde el verde de árboles y yerbas, para llegar a la casita, al palacio, tienes que atravesar una larga carretera sembrada de palmas reales, y no hay problema, que para eso está el carromato con el burro *Nerón*.

Para no tener que andar sube y baja de la azotea, *Victorio* se ha provisto de un depósito de metal al que ha tratado de ennoblecer, en su lado visible, con una frase de Bergson: «Pero la sociedad no sólo quiere vivir. Aspira a vivir bien». Se asea en una palangana. Sin secarse la cara, con la boca fresca por la pasta dental, emprende el ritual de la ventana. No es un ritual demasiado complicado, consiste en cerrar los ojos, cerrarlos bien, sin hacer trampa, abrir una de las hojas de la ventana y contemplar cierto dibujo que la humedad ha formado en las paredes del *Royal Palm*. De acuerdo con el dibujo descubierto en ese instante, flor, niño, elefante, bailarina, coche, diablo, palma, nube, mariposa, supone la vida en las próximas horas. No puede evitar ser supersticioso, estar lleno de manías, y así se obliga a pensar y repetir la frase Que entre la gracia de Dios, como le enseñara la *Pucha*, *Hortensia*, su madre hace